



Claustro del convento de Santa María la Real de Nieva (Segovia): la Palabra y la piedra

Fr. Miguel Iribertegui, O.P.

En Castilla, la Orden de Predicadores alcanzó en el siglo XV gran desarrollo y alta conciencia de su cometido eclesial. En el trasfondo de lo que tratamos hay algo profundo que se refiere a la categoría de la palabra en la antropología y que enmarca apropiadamente la visión del carisma. Algo que la reflexión filosófica ha dejado ante nuestra atención en este siglo que ha pasado: mucho se ha dicho sobre la palabra: «Dios creó al hombre cuando le habló», «el habla es más poderosa, de mayor peso que nosotros», «escuchamos el habla de tal modo que nos dejamos decir su Decir», «si podemos escuchar es porque pertenecemos al decir». En el claustro de Santa María de Nieva el hablar, el decir y el escuchar parecen estar especialmente tratados. No describimos su arquitectura.



Fundado en 1357 por doña Catalina de Lancáster, conserva un magnífico claustro historiado, con capiteles dedicados a la Palabra. Si el Verbo se hizo carne, se hizo también libro, estableciendo paralelismo cristológico y bíbliológico. Está el *Logos ensarcós*, envuelto en carne de María, y el *Logos embiblós*, envuelto en palabras de la Escritura, y podríamos hablar de otra fase del Verbo encarnado y representado plásticamente, *Logos engrafós*, envuelto en la imagen. Éste es uno de los conjuntos mas expresivos. Con su discurso de imágenes, equivale a una sesión académica de Teología. Anotamos en negrita el título de los capiteles.

La Palabra y la piedra

La aparición de una imagen de la Virgen en el siglo XIV, escondida durante el peligro del Islam, da origen al convento de Sta. María la Real de Nieva. En 1399 llegaron los frailes Dominicos de Sta. Cruz de Segovia. En 1432 edificaron el convento y el claustro, con una estética arcaica pero con una singular iconografía. El claustro es «*locus amoenus*» (lugar placentero), pero sobre la simbólica de paraíso, el claustro llega a ser, aquí, un estricto «Jardín del Verbo».

Castilla-León con ángeles, es resto sacro de la nobleza; pero también una relación con la Palabra, que en la parte ancha del capitel, el cimacio, es proclamada por un león, imagen de Jesús, «manso y humilde» con la palabra en la boca; Jesús-León con palabra-rugido de resonancia inextinguible...

Una de las sorpresas iconográficas es la metáfora de la Palabra: Verbo-hoja, Verbo-fruto, que llena y define el claustro. Es representación sencilla: la trata una comunidad sin eminencias y la recibe un pueblo sin elitismos..., un ideal sin pompa histórica.

La Palabra entre nosotros

Los capiteles van deletreando los temas: Adán y Eva, principio de una vida que no prosperó en orden... En otra cara del capitel aparece Dios Padre expulsando del paraíso a la pareja; y comienza a separarse la palabra de la verdad y nace la insinceridad y la mentira...

La metáfora del Verbo, la Palabra no aparece solemne como Pantocrator, se acomoda a la escala humana, torna forma vegetal, se hace fruto y vida.

La Nueva Eva no puede faltar ni de la fe, ni de un centro dominicano medieval; en María, la Palabra logra escucha, es fecunda, pero sólo el poeta lo puede decir: «*Tu Madre es un prodigio: entró el Señor a ella, y se volvió siervo; entró el hablante, y se quedó mudo; entró el Trueno, y acalló la voz; entró el Pastor de todos, y se volvió cordero que salía balando*».





La Nueva Eva, María, con José, el justo, y con Jesús, es el grupo inocente que sufre el mal, pero inicia la terapia de Eva. Llevan la Palabra, pequeña en formato de carne, y la Palabra, siendo poderosa, no les dispensa de trances ni dolores...

Dos evangelistas, representados al modo oriental como guardianes, implantan la semilla-Palabra y crece como árbol-Evangelio.



Pedro y Pablo recuerdan la visión de Santo Domingo, «arrebataado ante los Santos apóstoles que le dicen: «toma este cayado para guiar el rebaño del Señor y este libro para la enseñanza que has de hacer»...

Ni Trinidad, ni Cristología, ni gran catequesis, el claustro proclama el carisma dominicano, en el centro vivo de una comunidad apostólica, una verdadera «oficina de misión».

«El oficio del Verbo»

Palabra, grande, poderosa, Verbo preexistente, encarnado en María, con su disminución coloquial y figurativa, pero también «Palabra que no vuelve vacía».

«No a cualquiera le corresponde hablar de Dios, no es cosa que se adquiera a bajo precio... No se puede hablar de Dios siempre, ni con todos, ni bajo cualquier aspecto». El claustro es de los profesionales de la Palabra.



Debe ser escuchada (oreja-ramo). Tiene la prestancia y fuerza capaz de fundar misión en todos los confines. El que oye la Palabra, como el que la dice, secunda el coloquio trinitario, «pertenece a su Decir».

Frtales dominicos. La Palabra tiene sus agentes organizados bajo la consigna inalterable del *can-domini*, «Os llamo amigos porque os he dicho todo lo que oí al Padre» (Jn 15). En 1402 pasó San Vicente Ferrer; se descalzó para predicar, por eso el púlpito es tan venerado y sus sermones fueron escritos y guardados.



Frtales edificando. La comunidad construye el claustro bajo la fuerza de la Palabra. Es la construcción del Verbo, la «casa de la Palabra», algo incomparablemente más interesante que la «casa del ser»...

Una toma de hábito, sencillez ritual del ingreso en la Orden. Marca el primer paso de integración en «el oficio del Verbo», en el régimen contemplativo, para una vocación de expansión misionera. El convento, cuando pertenecía a la Provincia del Rosario, enviaba a sus miembros, portadores de la Palabra, llevando la Buena Nueva del Evangelio a al Extremo Oriente.



Estudio, docencia, cátedra, formación permanente de «los arquitectos de la Palabra» (Steiner). El claustro es una introspección petrificada del carisma...

La contemplación es un gran valor, una «suerte de vida», que produce un rostro feliz, como vocación lograda y gratificante: «el prototipo de todas las cosas bellas está en la Sabiduría, artística de la Palabra, que es proporcional al Padre divino, como nuestra palabra es proporcional a nuestro espíritu».

La música es el trato justo debido a la Palabra. Órgano, cantor, comunidad que celebra la liturgia. La música es para la Palabra, el *melos* para el Logos.

David, músico, profetizaba al «Gran Maestro de coro», a Jesús, el Nuevo Orfeo, el Músico, el Médico que curó nuestra sordera y facilitó la escucha (Clemente de Alejandría), «Jesús, Música del Padre» (Raparía de Deutz)... Por eso la liturgia es el «Himno del Espíritu», y los cantores, «Cítaras del Espíritu» (San Efrén).



La Palabra informa las relaciones de la comunidad, el misterio dialógico, que se desprende del Verbo, configura a la comunidad, aboca a lo esencial: «el amor es cortés»... «La comunidad ya es fiesta» (Gadamer), es el logro último: «que todos sean uno». La comunidad lograda trasciende la institución y las leyes; si se da comunidad ya «se ha cumplido la Escritura».

La boca simiesca quizá sea la retórica falsa; a nivel profundo lo feo es perverso: El teólogo debe cuidar su discurso: «la debilidad del razonamiento aparece como debilidad del misterio... y la debilidad del misterio revela el vaciamiento de la cruz» (1 Cor 1,17). Porque «la fe es la plenitud del razonamiento».



La incesante encarnación

Pero el claustro no tiene en todos sus elementos una trascendencia estresante; hay también una lúdica saludable. Se registra el orden del mundo, la vida secular con los valores comunes, con un realismo directo e ingenuo que brota de la experiencia, la alegría de la caza, de la presa a lomos del animal de carga.

Las realidades terrenas nacieron según diseño del Verbo, «por quien todo fue hecho», llevan una vida con su grado de autonomía, pero siempre al servicio del hombre, como esta otra escena de la caza del jabalí...



Unicornio. La Palabra, tan real y encarnada, poca imaginación tolera en la fe. Asociado a María, el Unicornio recuerda la nota de su virginidad, tan propia de quien es agente de la Palabra...



La caza del león, esforzada y realista, recuerda que el león, en el románico, es guardián del centro sagrado, pero también es imagen de Jesús; incluso puede ser figura peligrosa del demonio «que acecha buscando a quien devorar».



Arar, labrar la tierra, con las lomas peinadas del campo de Castilla, en perspectiva de mieses, ritmos y sembrados... *En el jardín del Verbo, la Parábola del Sembrador se refiere a esa fase del reino que se inicia en la acogida de la Palabra, según la calidad de la tierra, del corazón y según las disposiciones.*



El mercado surtido con productos es una de las imágenes de vida de la condición humana, el canje de valores que se da, según el orden del mundo... Pero asociado a la Palabra, significa más, *se alude a la Perla valiosa*, elemento del Reino, orden del Verbo...

El calendario asigna a noviembre-diciembre la matanza del cerdo y su degustación. No hay tema pequeño, la grandeza de la matanza no deriva de la categoría del animal, sino de comensal y del orden del mundo...



La poda de la vid se hace en primavera... en los meses de marzo-abril... Es también en primavera, cuando este joven coronado de flores, cabalgando con halcón, sale de caza.



El calendario señala: siega de hierba, siega de trigo, como trabajo de ciclo, y con el significado propio de la existencia onerosa. Pero también se puede ver como misterio de siega espiritual y cosecha de la Palabra sembrada...



Una mujer provee de leche de cabra al convento... En Castilla, más cabra que vaca, y más queso de cabra que requesón fino de vaca... Pero también es un registro de los tributos que el pueblo debía al convento desde el origen y por voluntad de los reyes.



El hombre y el toro, entre peligros y embestidas. La fiesta lleva las marcas locales de la cultura castellana, en la que el toro es un recurso de profundidad mítica... Por eso es el elemento festivo primordial en las celebraciones populares, el protagonista de los grandes eventos: nacimientos, bautizos, bodas...



Dos caballeros, lanza y escudo, se enfrentan en torneo... En el claustro desfilan todos los estamentos: reyes, nobles, plebe... Es la forma del mundo, participada del Verbo «por quien todo fue hecho».

«Todas las criaturas quieren decir a Dios en sus obras, todas hablan como pueden, queriendo decir a Dios y Él permanece inefable» (Eckhart).



La suerte de la palabra

La Palabra es para el hombre, para la persona. Por aquellas fechas, en otro convento, el Maestro Eckhart predicaba: «Dios se ha nombrado a sí mismo como Palabra. Cada uno debe ser un adverbio del Verbo» (Eckhart).

Árbol de vida. La vida de la Palabra es patente, estalla en el árbol, «plantado al borde de la acequia, no se marchitan sus frutos» (Jer 17,7-8).

«Tu esposa como parra fecunda, dentro de tu casa...» (Sal 128). La mujer puede ser la reina Catalina de Lancáster, con su frontalidad solemne, su distinción y su tocado de gran dama. Una greca de punta de diamante decora el cimacio...

La vida prospera por la Palabra, como parra-hoja-fruto... «Jacob echará raíces, Israel echará brotes y flores, y sus frutos cubrirán la tierra».



Aquí la Palabra alcanza la doxología. Es ciento por uno, saturación de vida, perfección del jardín del Verbo: y «de su plenitud todos hemos recibido»...

«Los hombres piden a las cosas la realización de sus necesidades, pero "Dios por la Palabra realiza en vosotros el poder y el querer" (Fil 2,13).



Un prisionero es conducido entre agentes de la autoridad. En otra cara del capitel se representa un castillo. Segovia, ciudad de tensiones cristiano-moriscas, en plena reconquista, quiere recuperar un orden político, reflejo del orden del Verbo... Ruy Sánchez de Arévalo, vecino de Santa María de Nieva (siglo XV), elogia la guerra, «noble ejercicio, ordenado por buenas causas y fines; la guerra guarda la vida y la libertad de cada uno». «La guerra terrenal es figura de la guerra espiritual».



Entre Dominicos, ni el centauro ni el hombre salvaje tienen sitio, junto a la Palabra, como fuente de conocimiento. El mundo de los mitos enmudece en el hogar de la Palabra, pues el Logos es el auténtico Pedagogo...

La figura de Hombres Salvajes juzgados irracionales... invitaba al cultivo de saberes y disciplinas.



Este caos puede referirse a la Palabra manipulada, al fruto de la falsedad o la mentira... a la autonomía de la voz: «El Señor es la Palabra... quita la Palabra y ¿qué es la voz? no edifica el corazón». Es la retórica sin experiencia, o la erudición sin mística, o los «pensamientos insustanciales».

Ménsula con rostro humano. Preparado para la alabanza, el hombre puede también hacer burla o vejación de la Palabra, en blasfemia o provocación.

La Palabra puede estar mal servida por «falsos profetas que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt 7,15).



Ménsula con rostro mudo. Otra anomalía de conducta con la Palabra es el silencio del que debe hablar; el silencio autista y estéril... Es anomalía porque «lo que está fuera del lenguaje está fuera de la vida». Pero en el claustro es doblemente pertinente, recordando la declaración de Inocencio III: «Domingo rompió el silencio que desde hacía un siglo cubría la cristiandad».



El claustro de Santa María de Nieva compite con magníficas fachadas, en interés y originalidad. A ello se añade la sencillez y el tono popular que respira. En este sentido se puede asociar al Rosario y su capacidad de ser activado y practicado por el pueblo llano, sin que la contemplación del misterio se resienta.